

y toda honra. Bien sabes, Dios mío, á quien todo lo secreto es manifiesto, que no solamente te quiero más que al mar y á la Tierra, y todo lo que hay en ella; pero aun también te quiero y es-timo en más que al Cielo y á todo lo que hay en él, que es cierto que te amo más que al Cielo y á la Tierra y todas las cosas que hay en ellos, que son dignas de ser amadas por el amor de tu Nombre.

Amete, Dios mío, con gran amor, y más te deseo amar; dame que siempre teame cuanto deseo y debo, para que Tú solo seas todo mi cuidado, y medite en Ti de día sin cesar, y de noche te sienta cuando duerma; mi espíritu te hable, y mi alma platique siempre contigo; y mi corazón sea alumbrado con la luz de tu santa visión, para que, siendo mi gobernador y mi guía, vaya de virtud en virtud, y finalmente te vea Dios de los Cielos en Sión, ahora por figuras y enigmas, pero entonces cara á cara, donde te conoceré como soy conocido.

Bienaventurados los limpios de corazón, por que ellos verán á Dios. Bienaventurados, Señor, aquellos que andan en tu casa; alabarán-te por todos los siglos de los siglos; y así te rue-

go, Señor, por todas las misericordias con que nos libraste de la eterna servidumbre, que ablandes mi corazón duro y de piedra, de peñasco y de hierro con tu sacratísima y poderosa unción; y haz, Señor, por el fuego de mi contrición y compunción, que yo me ofrezca delante de Ti en sacrificio vivo. Haz que tenga siempre á tus ojos un corazón contrito y humilde con abundancia de lágrimas, y haz que por tu deseo muera de todo punto á este mundo, y que por la grandeza de tu amor y temor me olvide de estas cosas perecederas y transitorias en tanto grado, que no lllore ni me alegre con ellas, ni tema alguna de ellas, ni las ame, ni me deje llevar de las prósperas, ni me abatan las adversas; y porque tu amor es fuerte como la muerte, ruegote, Señor, que por la fuerza de tu amor encendido y dulce me arrebate y arranque de las cosas que están debajo del Cielo, para que á Ti solo esté asido, y con sola la memoria de tu suavidad me sustentente.

Descienda, Señor, y baje á mi corazón tu olor suavísimo y entre en él tu regalado amor; venga á mi la fragancia innumerable de tu sabor, que despierte en mi eternos deseos y saque

de mi corazón venas de agua, que corra á la vida eterna. Inmenso eres, Señor, y por eso sin medida debes ser amado y alabado de aquellos que redimiste con tu preciosa sangre. Amador benignísimo de los hombres, clementísimo Señor y justísimo Juez, á quien el Padre Divino dió toda judicatura para que, con el sapientísimo juicio de tu igualdad, este mundo estuviese justo y corregido, y en razón; pues, los hijos de este siglo, esto es, de la noche y de las tinieblas, con mayores ansias, fuerzas y afectos aman y buscan las riquezas perecederas y honras fugitivas; mas que nosotros tus siervos no te amemos, siendo Tú nuestro Dios, Criador y Redentor; porque si un hombre ama á otro con tan grande amor, que apenas pueden sufrir estar ausente uno de otro, y si la esposa con tan ardiente amor está unida con su esposo, que por su gran fuerza no puede tener sosiego ni descanso, llevando no sin grande tristeza la ausencia de su amado, ¿con qué amor, con qué cuidado, con qué fervor te debe amar el alma que desposaste contigo por la fe y tus misericordias, á Ti, verdadero Dios y Esposo hermosísimo, que así nos amaste y salvaste, que tantas,

tales y tan grandes cosas hiciste por nosotros? Que aunque es así que estas cosas terrenas tienen sus amores, pero no deleitan con el gusto que Tú, Dios nuestro, porque en Ti se deleita el justo, que es tu amor suave y pacífico, que enriqueces de dulzura, suavidad y quietud los corazones que posees, y, por el contrario, el amor del siglo y de la carne es inquieto y desasosegado, no consintiendo que estén quietas las almas de quien se apodera, porque siempre con sospechas, turbaciones y varios recelos las solicita.

Tú, pues, eres el verdadero amor de los justos, y con razón hay en Ti una quietud poderosa y una vida que nunca se alborota. El que entra en Ti, buen Señor, entra en el gozo de su Señor, y no temerá jamás, antes se hallará muy bien en tan buen lugar, y dirá: Este es mi descanso por los siglos de los siglos.

Dulce Cristo, buen Jesús, ruégote llenes mi corazón de un amor tuyo que nunca se acabe, y de una continua memoria tuya; de manera que como fuego abrasador arda todo en la dulzura de tu amor, al cual muchas aguas nunca le puedan apagar en mí.

Haz, Señor dulcísimo, que yo te ame,

que con tu amor y deseo eche de mí el peso de todos los deseos carnales, y la carga pesadísima de los apetitos de la Tierra, que agrava y rinde mi alma miserable, para que libre y desembarazado, corriendo tras Ti al olor de tus preciosos unguentos, y guiándome Tú, merezca llegar muy apriesa á la vista de tu hermosura, donde me harte de todo. Porque dos amores, uno bueno y otro malo, uno dulce y otro amargo, no se avienen bien, ni caben juntos en un corazón; por eso, si alguno ama otra cosa mas que á Ti, mi Dios, no vive en él tu caridad.

Amor de dulzura, y dulzura de amor, que no atormentas, sino deleitas; amor que permanece sencilla y castamente para siempre y nunca te acabas; amor que siempre ardes y nunca te apagas, enciéndeme todo con tu fuego, con tu amor, con tu suavidad y dulzura, con tu deleite y deseo, que es santo y bueno, casto y limpio, quieto y seguro, para que lleno todo de la dulzura de tu amor, y encendido todo en la llama de tu caridad, te ame, Dios mío, de todo mi corazón y con todas mis entrañas de toda mi alma, y con todas mis fuerzas de todo afecto; con gran contrición de mi corazón y abundancia de lágrimas,

mas, y con mucha reverencia y temor, teniéndote en mi corazón, en mi boca, y delante de mis ojos siempre y en todos pasos, de suerte que ningún amor falso halle en mí lugar. Oye, Dios mío, oye, lumbre de mis ojos, oye lo que te pido, y dame que te pida para que me oigas: piadoso y misericordiosísimo Señor, no te hagas inexorable para conmigo por mis pecados; mas por tu bondad recibe los ruegos de tu siervo; dame lo que te pido y deseo, intercediendo, pidiéndolo y alcanzándolo tu gloriosa Madre y Señora mía la sacratísima Virgen María con todos los Santos. Amén.

NUEVOS SUSPIROS *al mismo Señor, suplicándole quite de nosotros lo que le desagrada, y nos haga muy agradables á sus ojos.*

CRISTO Señor mío, Verbo del Padre, que viniste á este mundo á salvar los pecadores, ruégote, por las piadosas entrañas de tu misericordia, que enmiendes mi vida, mejores mis acciones, compongas mis costumbres, qui-

tes de mí todo lo que me hace daño y te da en rostro, y me des lo que te agrada y á mí me aprovecha.—¿Quién, sino Tú sólo, puede limpiar el sucio y concebido en pecado? Tú eres Dios todopoderoso y de infinita piedad, que justificas á los malos y das vida á los muertos por el pecado, y conviertes á los pecadores y dejan de serlo. Quitá, pues, de mí todo lo que en mí te desagradá. Tus ojos han visto mis imperfecciones; ruégote que pongas en mí la mano de tu misericordia, y quites de mí todo lo que ofende los ojos de tu piedad. Delante de Ti, Señor, está mi salud y enfermedad; aquélla te ruego que conserves, y me sanes de ésta. Sáname, Señor, y seré sano; sálvame, Señor, y seré salvo. Tú eres el que das salud á las cosas enfermas y conservas las sanas. Tú, que sólo con una señal de querer restauras lo destruído y lo que está por tierra; que si te dignas de sembrar en mi corazón, heredad tuya, buena semilla, es menester que arranques primero las espinas de mis vicios con la mano de tu piedad.



VUELVE A SUSPIRAR *á su querido*
Jesús, que le encamine á que no amé
otra cosa fuera de El.

DULCÍSIMO, amantísimo, benignísimo, carísimo, deseadísimO, amabilísimo, hermosísimo, ruégote que infundas la abundancia de tu dulzura y caridad en mi pecho, para que no desee ni piense cosa terrenal, ni de la carne, sino sólo á Ti ame, y á Ti sólo tenga en mi corazón y en mi boca. Escribe con tu dedo en mi alma la memoria dulce de tu regalado nombre Jesús, de manera que jamás se borre. Escribe en las tablas de mi corazón tu voluntad y tus santas leyes, para que á Ti, Señor de inmensa dulzura, y á tus mandamientos, siempre y en todas partes tenga delante de mis ojos.

Enciende mi corazón en aquel fuego tuyo, que enviaste á la Tierra, y quisiste que ardiese grandemente, para que cada día, con lágrimas de mis ojos, te ofrezca sacrificio de espíritu atribulado y corazón contrito. Dulce Cristo, buen Jesús, así como lo desee, así de todo corazón te lo suplico; dame tu santo y casto amor, para que me

llene, tenga y posea todo. Dame, Señor, la señal clara de tu amor, que es una fuente perpetua de lágrimas, para que ellas sean testigos del amor que me tienes, ellas digan y muestren cuánto te ama mi alma, derritiéndose en lágrimas por la mucha dulzura de tu amor.

Acuérdome, poderoso Señor, que aquella santa mujer Ana, que fué al Tabernáculo á rogarte la diceses un hijo, de quien dice la Escritura que, después de su oración, no se le mudó más el semblante de su rostro. Mas acordándome de tan gran virtud, de tan gran constancia, me atormenta mi dolor y se me cubre el rostro de vergüenza, porque me veo, miserable, estar abatido en una profunda bajeza. Vuelve, pues, tus ojos y compadécete; porque si lloró con tantas ansias aquella mujer, y perseveró en su llanto la que buscaba un hijo, ¿cómo debe llorar, y perseverar de día y de noche en su llanto, el alma que busca y ama Dios y desea llegar á El? ¿Cómo debe gemir y llorar la tal que busca á Dios de día y de noche, y ninguna otra cosa quiere amar sino es á Cristo? Maravilla sin duda es que sus lágrimas no sean su pan de día y de noche. Vuel-

ve, pues, á mí los ojos y compadécete de mí, porque se han multiplicado los dolores de mi corazón. Dame tu celestial consolación y no quieras menospreciar el alma pecadora que te costó la vida. Ruégote que me des lágrimas de corazón, que puedan romper las ataduras de mis culpas y tengan siempre mi alma llena de una celestial alegría.

Hame venido también al pensamiento la devoción maravillosa de otra mujer santa que con afecto piadoso te buscaba puesto en el sepulcro, la cual no se iba yéndose los Apóstoles; la cual, en pie y asentada, triste y dolorosa por mucho tiempo, derramaba suspiros y lágrimas; y levantándose llorosa una y muchas veces, hecha ojos, buscaba y escudriñaba los rincones y senos del monumento, por si acaso podía ver en él al que buscaba con tan fervoroso deseo. Ya ciertamente había entrado una y otra vez, y visto el sepulcro; pero no bastaba para quien tanto amaba, porque la perseverancia es la virtud de la buena obra, y porque amó más que los demás, y amando lloró, y llorando buscó, y buscando perseveró; por eso mereció hallarte, verte y hablarte primero que todos: y

no sólo esto, pero también ser la que primero llevó las nuevas á los Apóstoles de tu Resurrección, mandándoselo Tú, diciéndoselo amorosamente: ve, y di á mis hermanos que vayan á Galilea, que allí me verán. Pues si así lloró y perseveró en su llanto una mujer que buscaba al vivo entre los muertos, y que con la mano de la fe tocaba, ¿cómo debe llorar y perseverar en su llanto el alma que con el corazón te cree y con la boca te confiesa á Ti, Redentor suyo, que sabe estás sentado en el Cielo, y cree y confiesa, con el corazón y con la boca, que reinas en todo lugar? ¿De qué manera debe gemir y llorar la que te ama de todo corazón y desea verte con todo su deseo?

¡Oh refugio y única esperanza de miserables, á quien nunca se pide sin esperanza de misericordia! Dame esta gracia por Ti y por tu santo Nombre, que todas las veces que de Ti pensare, de Ti hablare, de Ti escribiere, de Ti leyere, de Ti disputare; todas cuantas veces me acordare de Ti, y estuviere delante de Ti y te ofreciere alabanzas, ruegos y sacrificios, otras tantas, deshecho en lágrimas, llore en tu presencia dulce y abundantemente, de manera que de día y de noche mis lágrimas

me sirvan de pan y sustento, y porque Tú, Rey de la Gloria y Maestro de todas las virtudes, nos enseñaste con tus palabras y ejemplo á gemir y á llorar diciendo: Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Tú lloraste á tu amigo Lázaro difunto, y mucho lloraste sobre la ciudad de Jerusalén, que había de ser destruída. Ruégote, buen Jesús, por aquellas tus preciosísimas lágrimas y por todas tus misericordias, con las cuales maravillosamente fuiste servido de socorrernos estando perdidos, que me des la gracia de lágrimas que tanto desea mi alma, pues no la puedo tener sin dárme-la Tú, sino por tu santo espíritu, que ablanda los corazones empedernidos de los pecadores y los compunge para que lloren. Dame gracia de lágrimas, como las diste á nuestros Padres primeros, cuyos pasos debo seguir, para que me llore toda mi vida, como ellos se lloraron en la suya, por los merecimientos y oraciones de aquellos que te agradaron y devotísimamente te sirvieron. Ten misericordia de mí, misérrimo é indigno siervo tuyo, y dame este don de lágrimas; dame este riego inferior y este riego alto de día y de noche, para que las lágrimas

me sean pan, y abrasado en el fuego de la compunción sea hecho en tus ojos, Dios mío, un holocausto precioso, y todo sea sacrificado en la ara de mi corazón y me recibas como pingüísimo sacrificio y holocausto en olor suave.

Dame, dulcísimo Señor, fuente manantial y clara en que se lave muchas veces este holocausto sangriento; porque aunque es verdad que, ayudándome tu gracia, me he ofrecido todo á Ti, en muchas cosas te ofendo cada día por mi mucha flaqueza. Dame, pues, amable Señor, gracia de lágrimas, principalmente nacidas de la mucha dulzura de tu amor y memoria de tus misericordias. Pon esta mesa á tu siervo en tu presencia y déjala en mi poder, para que me pueda hartar de ella cuando quisiere. Dame por tu bondad y piedad que este cáliz excelente y divino que embriaga, mate mi sed, para que mi espíritu anhele y suspire por Ti y mi alma se abraze en tu amor, olvidándose de la vanidad y miseria. Oye, Dios mío; oye, lumbre de mis ojos; oye lo que te pido y dame que te pida lo que has de oír. Piadoso y apacible Señor, no te hagas para mí inexorable por mis pecados, mas usa de tu bondad, recibe los ruegos de tu

siervo, y da fin cumplido á mi petición y deseo por los ruegos y merecimientos de la Sacratísima Virgen María Señora nuestra, que tanto lloró y dulces lágrimas por toda su vida derramó por Ti, Señor, sabiendo desde tu santa Encarnación lo que habías de padecer.



SUSPIRA, como pobre al rico, que le apague la sed y le mate la hambre, para que viva sin vicios y sólo descansase en Su Divina Majestad.

JESÚS, Rey y Señor; Jesús piadoso, Jesús bueno, que tuviste por bien morir por nuestros pecados y resucitaste por nuestra justificación; ruégote por tu gloriosa Resurrección me resucites del sepulcro de todos mis vicios y pecados, y dame cada día ración de lágrimas, para que verdaderamente merezca recibirla en tu Casa, dulcísimo, benignísimo, amantísimo, deseadísimos, carísimo, preciosísimo, amabilísimo, hermosísimo. Tú subiste al Cielo con triunfo de tu gloria y estás sentado á la diestra del Padre. Rey poderoso

sísimo, llévame allá arriba donde Tú estás, para que corra tras Ti en olor de tus unguentos; correré y no me cansaré, llevándome Tú, guiándome Tú, corriendo yo. Lleva la boca de mi alma á las corrientes de tu eterna hartura, y, por mejor decir, llévame, Dios mío, á la fuente viva, para que de allí, según mi capacidad, beba de donde siempre viva. Tú dijiste por tu santa y bendita boca: Si alguno tiene sed, venga á Mí y beba. Fuente de agua, concede á mi sedienta ánima que siempre beba de Ti, para que, según tu santa y verdadera promesa, corran de mis entrañas aguas vivas. Fuente de vida, llena mi alma del torrente de tus deleites y embriaga mi corazón en la templada fuente de tu amor, para que me olvide de las cosas vanas y terrenales, y á Ti sólo te tenga siempre en mi memoria, según lo que está escrito: Acordéme de Dios de día y de noche, y deleítéme; dame tu santo espíritu, que significaban aquellas aguas que habías prometido á los sedientos.

Ruégote que me des que con todo deseo y cuidado camine adonde creamos que subiste cuarenta días después de tu Resurrección, para que sólo esté con el cuerpo en esta presente miseria,

y en Ti siempre con el pensamiento y deseo, y que allá esté mi corazón donde Tú estás, que eres mi deseable, incomparable y muy amable Tesoro. Porque en este gran diluvio de la vida, en que somos acosados de las borrascas y tempestades que alrededor nos combaten, no se halla tierra firme, ni lugar tan alto, adonde la paloma pueda poner el pie para reposar; no hay segura paz ni quietud; adondequiera hay guerra, disensiones, enemigos; fuera luchas, dentro temores, y como somos parte de cielo y parte de tierra, el cuerpo que se corrompe aploma el alma; por esto mi alma, compañera y amiga mía, viniendo cansada del camino, está flaca, y caída hecha pedazos, y por las calamidades que pasó está muerta de hambre y sed, y no tengo que poner delante de ella, porque soy pobre y mendigo. Tú, Señor Dios mío, rico de todos los bienes y abundantísimo y repartidor de los manjares de la hartura celestial, da de comer al cansado, recoge al perdido y repara al hecho pedazos.

Ves, aquí está á la puerta y llama; ruégote por las entrañas de tu misericordia, con las cuales nos visitaste viniendo de lo alto, que abras á este mise-

rable que está llamando; dale la mano de tu piedad, y manda por tu misericordia que entre á Ti, se sustente de Ti, que eres Pan y Vino celestial, con el cual, harto y satisfecho y recobradas las fuerzas, suba á lo alto, y que de este valle lleno de lágrimas, arrebatado de santos deseos, vuele á los Reinos celestiales.

Ruégote, Señor, que mi espíritu tome plumas como de águila, para que vuele y no desfallezca; vuele y llegue hasta la hermosura de tu Casa, al lugar de tu Gloria, para que allí (sobre la Mesa del sustento de soberanos ciudadanos) sea apacentado en los pastos divinos de lo que está en Ti escondido cerca de las corrientes copiosas. Descansen en Ti, Dios mío, mi corazón, que es mar grande, hinchado con sus olas; mas Tú, que mandaste á los vientos y al mar que se aquietase, y luego hubo gran quietud en él, ven y anda sobre las olas de mi corazón, para que se aquieten y sosieguen todas mis pasiones en cuanto te abrace, único Bien y Señor mío, y te contemple, lumbre de mis ojos, sin la ciega sombra y obscuridad de mis alborotados pensamientos; defiéndase, Señor, mi corazón debajo de la sombra de tus alas de los encen-

didos pensamientos de este siglo, para que, escondido en la frescura de tu amparo, alegre cante y diga: En paz del Señor, con El dormiré y descansaré. Ruégote, Dios mío, que mi memoria duerma á todos los males y aborrezca la maldad, y ame la justicia; pues cosa más hermosa y dulce no puede haber que entre las tinieblas de esta vida, y muchas amarguras, aspirar á Dios y á su dulzura, suspirando por la eterna bienaventuranza, y estarme allí pensando adonde es ciertísimo que se poseen los verdaderos gozos y todos los bienes juntos.



SUSPIRA por ver á Dios, deseando la muerte, y que callen todas las cosas fuera de El, en tanto que no le viere.

DULCÍSIMO, benignísimo, amantísimo, carísimo, preciosísimo, deseadísimo, amabilísimo y hermosísimo, ¿cuándo te veré? ¿Cuándo pareceré delante de tu rostro? ¿Cuándo me hartaré de tu hermosura? ¿Cuándo me sacarás de esta cárcel obscura y tenebrosa, para que confiese tu Nombre, de manera

que de allí adelante no me aflija? ¿Cuándo pasaré á aquella maravillosa y hermosísima cara tuya, adonde siempre suena voz de alegría y regocijo en las moradas de los justos?

Bienaventurados, Señor, los que habitan en tu Casa; en los siglos de los siglos te alabarán. ¿Quién me dará plumas como de paloma, y volaré y descansaré? Ninguna cosa hay tan dulce para mí como estar con mi Señor, que es bueno para mí estar asido á Dios. Concédeme, Señor, en tanto que estoy en estos miembros flacos, que me llegue á Ti para fortalecerme, como está escrito: El que se llega á Dios, un espíritu se hace con El. Rúégote me des plumas de contemplación, vestido con las cuales vuela arriba adonde estás; y porque todo lo siniestro va hacia abajo, ten mi alma de tu mano, para que no se despeñe á lo profundo del negro y obscuro valle, por que, interponiéndose la sombra de la Tierra, no se aparte de Ti, verdadero Sol de justicia, y le estorbe la niebla cubierta de obscuridades para mirar las cosas altas, y por eso camino hacia la diestra á los gozos de la paz, y al muy sereno y deleitable estado de la luz.

Ten mi corazón de tu mano, porque sin Ti no se levanta á las cosas más altas; allí me voy á ir donde reina la suma paz y resplandece una perpetua tranquilidad. Ten, Señor, y rige mi espíritu, y haz de él á tu voluntad, para que, siendo Tú su guía, suba á aquella región de paz, para que allí, siquiera con el arrebatado pensamiento, te toque á Ti, que eres suma Sabiduría, que estás sobre todas las cosas, que las trasciendes y las gobiernas. Mas hay muchas que hacen ruido para espantar mi alma cuando va volando á Ti. Callen, Señor, por tu mandato todas las cosas; guarde mi alma silencio, pase todas las cosas criadas, pase de sí y llegue á Ti, y en Ti sólo, Criador de todas las cosas, ponga los ojos de la fe, que eres Criador del Cielo y de la Tierra; á Ti suspire, á Ti atienda, en Ti contemple, á Ti ponga delante de sus ojos y traiga en su corazón verdadero y sumo bien y gozo sin fin.

Finalmente, muchas contemplaciones hay, con las cuales el alma que te ama maravillosamente se sustenta; pero en ninguna de ellas se deleita y descansa tanto mi alma como en Ti, y cuando piensa sólo en Ti, y contempla cuán

grande es, Señor, la muchedumbre de tu dulzura. ¡Qué maravillosamente inspiras los corazones de tus amados! ¡Cuán admirable es la suavidad de tu amor, con el cual se perfeccionan aquellos que ninguna otra cosa aman, ninguna cosa buscan, ni desean pensar fuera de Ti! Dichosos aquellos cuya esperanza eres Tú sólo, y todo su ejercicio es rogarte colgados de tus ojos. Bienaventurado el que se sienta solitario, y calla y está en vela, guardándose de día y de noche, para que, aun estando en ese frágil cuerpecillo, pueda en alguna manera gustar de tu dulzura. Ruégote, por las llagas que padeciste en la cruz por nuestra salud, de donde manó aquella Sangre con que fuimos redimidos, que hieras esta mi alma pecadora, por la que también te dignaste de morir; hiérela con una saeta encendida y poderosísima de tu excesiva caridad; que la palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que cualquier espada de dos filos. Tú eres saeta escogida, y cuchillo agudísimo, que puede penetrar con tu poder al duro escudo del corazón humano.

Traspasa mi corazón con la saeta de tu amor, para que te diga mi alma: Herido estoy de Ti, corriendo de la llaga

copiosas lágrimas de día y de noche. Ruégote, Señor, que hieras este durísimo corazón con la piadosa y fuerte mano de tu amor, y con tu poderosa virtud penetra en lo más íntimo de él, y así saca agua abundante de mi cabeza, y de mis ojos una verdadera fuente de lágrimas, que continuamente corra del grande afecto y deseo de tu vista hermosísima, para que lllore de día y de noche, no recibiendo en esta vida presente consuelo alguno, hasta que en el tálamo celestial merezca ver á mi amado y hermosísimo Esposo, Dios y Señor mío, y viendo allí tu rostro glorioso, admirable y hermosísimo, lleno de toda dulzura, adore humilde tu Majestad, con aquellos que escogiste, y allí finalmente, lleno de inefable y celestial regocijo, dé voces con los que te aman, diciendo: Ya veo lo que deseaba, ya tengo lo que esperaba, ya poseo mi tesoro, porque estoy en los Cielos junto con aquel Señor que, estando en la Tierra, con todas mis fuerzas amé, á quien abracé con toda caridad y á quien con todo amor me llegué; al mismo alabo, bendigo y adoro que vive y reina Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

SUSPIRA que oiga sus gemidos, suplicándole le dé todas las virtudes y obras de misericordia.

SEÑOR Jesucristo, dulcísimo, benig-
nísimo, misericordiosísimo, Reden-
tor del género humano, que diste tu
preciosísima vida por nosotros pecado-
res, para darla á nuestras almas que
estaban condenadas á muerte eterna.
Tú, Señor, que moras en las alturas,
y miras las cosas humildes en el Cielo
y en la Tierra, á Ti del profundo da
voces mi alma pecadora, á Ti gime,
por Ti suspira por su bien; no apartes
la presencia de tus oídos de sus sollo-
zos y clamores; óyela como oíste á la
mujer cananea y ten misericordia de
ella, como la tuviste de la mujer pe-
cadora; óyela por la gracia de tu be-
nignidad; ruégote que la oigas por
aquella hora en que dijiste á tu Padre:
«En tus manos encomiendo mi espí-
ritu», cuando, inclinada la cabeza, le
entregaste tu alma gloriosa; por aque-
lla hora te suplico me oigas y tengas
misericordia de mi alma; dila por con-
solación interior: Llama al Señor con
caridad pura y sincera y dila no haya

en mí (te ruego) ardor ni deseo de
carne, sino que habite en mí el amor
de la castidad hermosísima; sea tardo
para oír el mal, y presto para oír tu
palabra; presuroso para cumplirla, so-
lícito en tu temor, perfecto en tu amor,
constante en tu fe, y de ninguna ma-
nera dudoso en ella, en tu amor y del
prójimo fervoroso; no me quemé con
el fuego del aborrecimiento, ni con la
ponzoña de la envidia me consuma;
inspira en mí siempre buenas obras
que piense; haz que las haga, y persuá-
deme á que te ame.

Dame fuerzas para tenerte; guárda-
me para que no te pierda; no entre ni
se detenga en mi casa (que debe ser
tu morada) el pie de la soberbia, ni de
la gula, ni de la concupiscencia de la
carne, ni la avaricia, ni la envidia, ni
la ira, ni la tristeza, ni la vanagloria;
sólo te pido una profunda humil-
dad á Ti, que dijiste: ¿En quién des-
cansaré, sino es en el humilde y paci-
fico? Dame una grande humildad, con
la cual se humille la altivez de la car-
ne y la de la soberbia que me ahoga.
Dame una abstinencia medida, que
tenga á raya la demasiada glotonería
que me combate. Dame castidad de
corazón, que me haga limpio y casto,

y dame que no me revuelque en la gula sucia de la carne. Dame un amor de la caridad con el cual se apague el vicio de la envidia. Dame paciencia para sufrir, para que la bestia de la envidia desfallezca vencida. Dame esperanza del gozo eterno, con la cual la melancolía se mitigue. Concédeme que mi alma se satisfaga interiormente de la buena obra y eche la vanagloria fuera de mí; no haya en mí jactancia. Dame, Señor, tener justicia en todas las cosas y tener templanza perpetua, y hazme sencillo y prudente, para que con sencillez viva una vida santa, y prudentemente huya el mal, para que pueda entender los engaños de la astucia y embustes del demonio, por que no me engañe con especie de bien y pueda discernir con razón y prevenir lo bueno que he de hacer y lo malo que he de huir.

Hazme también blando, apacible, pacífico, modesto, manso sin ficción, unánime con todos los buenos, y en las vigiliás, ayunos y oraciones constantemente esforzado. Dame mansedumbre y moderación, y que hablando moderadamente alcance el silencio, diciendo lo que conviene, y callando lo que se ha de callar. Concédeme, Se-

ñor, que te guarde una fe pura y limpia, sin algún error, que haga obras dignas, conforme á esta fe, y que no manche la fe pura con la mala obra. Dame que á Ti, que creyendo confieso por bueno, no te niegue viviendo mal, y que á Ti, á quien hablo con grande fe, no te ofenda con obras de infiel.

Haz, Señor, te ruego, que me conserve en un santo propósito, siguiendo la justicia, y quiera la castidad, amando la misericordia y la verdad; que aborrezca la mentira; que no piense ni hable cosa falsa; que sin cesar te tema; que te quiera y te ame; que guarde tus mandamientos; que tenga paz con todos sin engaño, y reduzca á ella sin ficción á los discordes; que ofrezca á todos un amor sin fingimiento; que á nadie escandalice; que á nadie me prefiera, sino que me juzgue por el menor de todos.

Que no resista á los principes y potentados cristianos, que les obedezca, reverencie y honre, no por temor de su poder, sino por Ti, ¡oh altísimo Señor! Que obedezca y ame á los más ancianos y les ofrezca gracia de verdadero amor; á los iguales muestre hermandad; á los menores sufra, y

que con igualdad de ánimo lleve los trabajos y peligros; que reverencie al padre; quiera al amigo como á mi alma, y ame al prójimo como á mi mismo, aprovechando á todos; que á ninguno ofenda, ni dañe, ni calumnie, ni sea contrario á nadie, ni tropiezo para que caiga; que no juzgue á nadie, ni quite su honra; á nadie injurie, ni murmure de vida ajena; á nadie aceche, ni mire cómo vive, sino que sólo cuide y sea solícito de mí; que en ninguna manera dé mal por mal; que no me acuerde de las injurias, ni de ningún modo las vengue, antes para el bien venza la malicia con la bondad, bendiga y diga bendiciones al que me maldice, y ame al enemigo como amigo. Que sufra los menosprecios, afrentas y agravios de los airados sin hablar palabra ni satisfacerme; que me olvide presto de las injurias y perdone al que me ofendiere, estando aparejado siempre para perdonar; que no desee cosa ajena ni la tome con ocasión ni sin ella, y de mis bienes reparta misericordiosamente á los que los han menester. Que tenga en mi casa por Ti (que me redimiste) al hambriento y le sustente bien, al sediento dé de beber, reciba al huésped, vista al desnudo,

visite al enfermo, busque al encerrado, consuele al triste, y me compadezca con el afligido y atribulado; que me haya misericordiosamente con el necesitado; parta la comida y el vestido con el pobre; abrace al mendigo, conserve y tenga al doméstico, ame al peregrino, redima al cautivo, sustente al extranjero, ampare al pupilo y al huérfano, favorezca á la viuda, acuda al oprimido, dé socorro al desamparado, deshaga las juntas de la maldad. Que declare tus preceptos, Señor, y tus documentos con celo santo, para que crea y oiga diligentemente y los busque con solícitud, los enseñe con prudencia, los ejercite con diligencia y los cumpla con gran puntualidad, y esté siempre humilde en tu presencia, para que me levante y no caiga; sea desembarazado, no oprimido; suba y no descienda, porque la carne con quien vivo siempre quiere llevarme al pecado y ser contigo coronada, mas no quiero pelear conmigo.

SUSPIRA á la hora de la muerte, llamando á Jesucristo nuestro Señor en su ayuda.

No tengo peor enemigo que éste mi cuerpo en quien vivo, que es siempre en mi daño como un león destructor, que tiene de costumbre hacerme pedazos por todas partes con una pestilencial enfermedad, y por esto, dando largos suspiros, daré voces también y diré: ¡Oh desdichado hombre! ¿Quién me libraré del cuerpo de esta muerte? ¡Oh Jesús! Salvador bueno y Redentor bueno, pídotte, pues fui redimido con tu preciosa sangre, que no perezca para siempre por la corrupción, ni vaya á la segunda muerte, ni á la tierra del olvido: suene esta mi voz en las orejas de tu misericordia, que haga tu voluntad y no la de la carne, y toda mi alma piense en Ti, se deleite en Ti, te siga y te confiese y alabe, que me redimiste para siempre en tu misericordia y en ella reviví estando perdido por los pecados, y resucité de entre los muertos, porque me apartaste de los pecados de mi mocedad é hice penitencia delante de Ti: gracias te doy ahora y siempre,

porque, primero, me buscaste para que yo te hallase; Tú me obligaste para que volviese á Ti, y como piadoso Padre me miraste para que me librarse; Tú hiciste que yo te confesase y meditase; que, conociéndome, me llorase.

Pon, Señor, mis lágrimas en tu presencia y llegue mi llanto y ruego al Cielo adonde Tú estás. Suplicote que ayudes y socorras á mi pecador, y recibe en tus manos mi espíritu, que te encomiendo, librándome de la boca del cruelísimo Dragón y del poder del Infierno atrocísimo, sacándome de enmedio de la sombra de la muerte; por mejor decir, me llevarás por el camino de la luz á la clarísima región de los vivos.

Ponme en los segurísimos apriscos de tus rebaños, porque Tú eres buen pastor, que buscas y remedias la oveja perdida, salvas y defiendes la hallada, favoreces y sanas la enferma. Tú eres Señor misericordioso, que no confundes á los que esperan en Ti, no desamparas á los que te buscan, no desprecias á los que se vuelven á Ti, mas con gozo y alabanza los recibes y les concedes que reinen para siempre juntamente con tus santos en la eterna

Bienaventuranza, porque tienes con el Padre y el Espíritu Santo una divinidad, gloria, virtud, imperio y potestad en los siglos de los siglos.

Amén.

FIN

ÍNDICE

Págs.

LIBRO DEL AMIGO Y DEL AMADO

Introducción.....	7
Al lector.....	14
Cánticos del amor entre el Amigo y el Amado.....	15
Notas bibliográficas.....	111

SUSPIROS DEL ABRASADO SERAFÍN Y GRAN DOCTOR DE LA IGLESIA SAN AGUSTÍN

Carta del Venerable Sr. D. Fr. Agustín Antolínez, arzobispo de Santiago, al Ilmo. Sr. D. Sancho de Avila, obispo de Sigüenza.....	121
Suspira antes de la confesión, pidiendo misericordia á Dios, y dolor de sus culpas.....	123
Suspira antes de la Misa, conociendo quién es, y quién ha sido.....	124
Suspira con gracias á Dios, poniendo en él su esperanza.....	125
Suspira en los trabajos, pidiendo, en nombre del pueblo, que perdone sus culpas.....	126
Alaba á Dios Todopoderoso, y pide misericordia y fe para adorar á la Santísima Trinidad.....	127
Suspira y da gracias por su Santa Encarnación, obras de su Vida y por el Misterio del Santísimo Sacramento..	129
Suspira confesando su flaqueza y miseria y pidiendo á Dios perdón de ella.	131